

En la intimidad del **Secuestro**

Por: Héctor Angulo Castañeda, Luis Guillermo Arboleda Noreña, Amparo Rangel Amado, Edna Margarita Sánchez Rivas y Albeiro Hernando Góez



En la intimidad del
Secuestro

Héctor Angulo Castañeda
Luis Guillermo Arboleda Noreña
Amparo Rangel Amado
Edna Margarita Sánchez Rivas
Albeiro Hernando Góez



© 2021 Comisión Colombiana de Juristas

Carrera 15 A Bis No. 45-37

C.P. 111311-

Bogotá, Colombia

Teléfono: (571) 744 9333

Fax: (571) 743 2643

comunicaciones@coljuristas.org

www.coljuristas.org

® En la intimidad del secuestro

ISBN: 978-958-53610-9-6

Primera edición - enero 2022

Bogotá, Colombia

© Héctor Angulo Castañeda, Luis Guillermo Arboleda Noreña, Amparo Rangel Amado, Edna Margarita Sánchez Rivas, Albeiro Hernando Góez

EDICIÓN:

Sergio Eduardo Gama Torres.

ACOMPañAMIENTO EDITORIAL:

Gustavo Gallón Giraldo

Anghel Katerine Aldana

Laura Becerra González

Paola Sánchez Cepeda

AGRADECIMIENTOS:

Catherine Vasco Correa

CORRECCIÓN DE ESTILO:

Andrés Felipe Tapiero Ríos

DIAGRAMACIÓN:

Claudia P. Rodríguez Ávila

IMPRESIÓN:

Opciones Gráficas Ltda.



Esta publicación es posible gracias al apoyo financiero del PNUD. Los puntos de vista aquí expuestos reflejan exclusivamente la opinión de los autores y, por lo tanto, no representan en ningún caso el punto de vista oficial del PNUD.

Contenido

Presentación	7
HÉCTOR ANGULO CASTAÑEDA	10
La bandola I	13
La bandola II	15
El Campanero de San Marcos	16
LUIS GUILLERMO ARBOLEDA NOREÑA	18
Del secuestro hacia el despojo	21
Deseos de equidad	24
AMPARO RANGEL AMADO	26
‘La Pielroja’	29
Quiero	53
EDNA MARGARITA SÁNCHEZ RIVAS	54
Testigo silencioso	57

ALBEIRO HERNANDO GÓEZ	63
Las guacamayas y los cazadores	67
El ave y la madre naturaleza	68
El papá conejo y su hijo	70
La felicidad interior y la naturaleza	72

Presentación

En el año 2019 la Comisión Colombiana de Juristas —en adelante CCJ— asumió ante la Jurisdicción Especial para la Paz —en adelante JEP— la representación común de las víctimas acreditadas en el caso 01: “Toma de rehenes, graves privaciones de la libertad y otros crímenes concurrentes cometidos por las FARC-EP”, a través de una estrategia de representación integral compuesta tanto de una representación jurídica como de un acompañamiento psicosocial. En este marco, la CCJ ha diseñado una estrategia que trasciende los escenarios meramente jurídicos y promueve transformaciones en las personas representadas, mediante la concesión de herramientas que contribuyen a su empoderamiento y dignificación. De este modo, la representación legal ha estado acompañada de diversas actividades, tales como actos de memoria,

cursos de formación para víctimas como el de “Derechos al derecho” y actividades de visibilización de sus historias por medio de la serie denominada “Más allá del cautiverio: retratos sonoros del secuestro en Colombia”, que forma parte del pódcast institucional “Derechos con voz” de la CCJ.

Precisamente, durante el desarrollo de estas actividades se identificó la necesidad de abrir un espacio en el cual, mediante un ejercicio guiado, se pudieran plasmar por escrito algunas de las cientos de historias que acompañan al secuestro en Colombia. De esta manera, en conjunto con la Fundación Fahrenheit 451, se llevó a cabo un taller de escritura creativa, en el cual cinco personas asumieron el reto de escribir sus sentimientos, recuerdos, miedos y esperanzas. Fue un proceso de muchas emociones que permitió, en medio del dolor, encontrar un espacio seguro para compartir y sanar, pues, como una participante afirmó: “con el taller me volví a sentir empoderada y con ganas de seguir para adelante”.

El país está acostumbrado a escuchar historias sobre los secuestros que cometieron las FARC-EP, y que han sido narradas principalmente por medio de la voz de políticos y militares que vivieron estos episodios. Sin embargo, hay miles de historias ocultas

que no han estado bajo el foco de los medios de comunicación ni de la opinión pública, y que están alojadas en la memoria de todas las personas que, sin ser políticos o miembros de la fuerza pública, también fueron secuestradas. Historias que, desde lo rural y lo urbano, nos cuentan que este fue un fenómeno que se extendió por toda la sociedad: a personas con trabajos cotidianos, campesinas y de clase media, que aún hoy, 20 años después de los hechos, siguen viviendo sus secuelas.

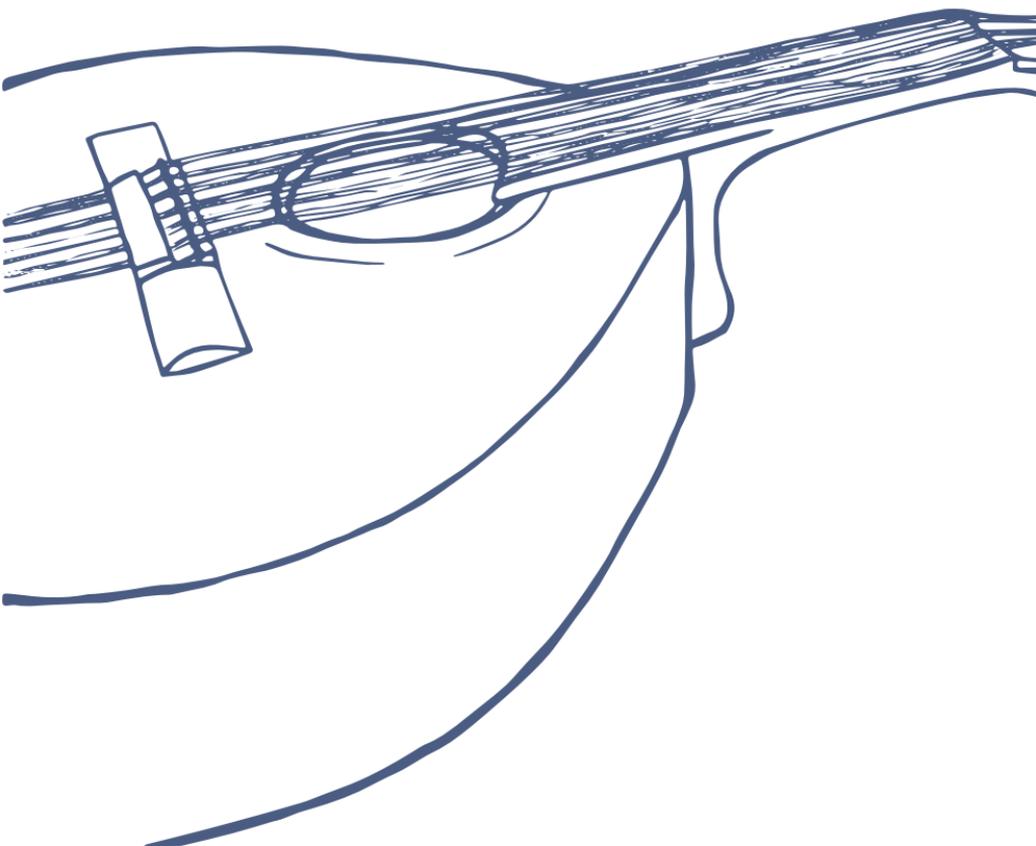
Este libro quiere, en este sentido, darles un lugar y una voz a esas historias que, como resultado del taller, quedaron consignadas en forma de fábulas, crónicas, poesías, cuentos. Un ajedrez como único testigo de los últimos días de vida del familiar secuestrado, una bandola y un reloj que recuerda a 'los viejos', y un niño, ahora adulto, que trata de resignificar el secuestro en el presente. Estas son las historias que encontraremos en este texto y que dan cuenta de la vida de quienes padecieron este flagelo, de modo que el lector pueda tener una aproximación humana detrás de las cifras y reconocer los daños que el conflicto armado ha dejado en las personas y el reto que supone repararlas.

HÉCTOR ANGULO CASTAÑEDA

Hijo de los esposos Gerardo Angulo y Carmenza (Carmen Rosa) Castañeda, quienes fueron secuestrados, asesinados y desaparecidos por la FARC-EP el 19 de abril del año 2000. “Estas pocas palabras son en su nombre, para que no se pierda también su trágico y triste final, y recordar que fueron unos padres inigualables que me dieron el cariño, la educación y los valores suficientes para afrontar y superar esta prueba”.

Los esposos Angulo Castañeda fueron secuestrados el 19 de abril del año 2000 por las FARC-EP mientras se encontraban en su casa en La Calera y, posteriormente, asesinados y desaparecidos. Desde entonces, Héctor y sus hermanos han caminado por ríos, montañas, cañadas, cañones y páramos buscando a sus ‘viejos’. Ha sido un largo camino de 21 años que ha pasado factura en su salud física y emocional, pues con cada caminata él recorre los mismos pasos que recorrieron sus ‘viejos’, imaginándose el sufrimiento que debieron sentir por la artritis y los achaques propios de la edad, el miedo, el frío y la incertidumbre. Y es que el secuestro de personas mayores es un episodio del que poco se habla y se conoce, y que debe reconocerse para evidenciar los impactos diferenciales del conflicto armado en las personas mayores.

Hoy en día, Héctor y sus hermanos continúan la búsqueda de sus padres. Gracias al Acuerdo de Paz ha sido más fácil para ellos conocer y hablar con antiguos integrantes de las FARC-EP que podrían saber cuál es la ubicación de los cuerpos de la pareja de esposos. Estos encuentros confrontan emociones y reviven recuerdos, pero abren una luz de esperanza.



I

La bandola

Entre los objetos más preciados de mi viejo, aparte de sus herramientas de trabajo, hay unos muy especiales, sus instrumentos musicales: la guitarra, el tiple y la bandola. Como buen colombiano y de origen santandereano, no le podían faltar estos instrumentos y, lo mejor, su interpretación.

La guitarra la rescaté de una serie de objetos que tenía mi hermana Magnolia y que, al momento de emprender su ida a los Estados Unidos, fueron a parar a un cuarto de trebejos en mi casa.

Entre los otros instrumentos, estaba la bandola, instrumento de cuerdas —complemento a la guitarra— para los bambucos y torbellinos, ritmos del folclor de Santander y la región cundiboyacense, al interior de nuestra amada Colombia.

Este último instrumento lo hallé en la casa de La Calera, en Cundinamarca. Se encontraba en muy

mal estado, pero no me importó, pues, aunque no heredé la destreza de 'mi viejo' para interpretar estos instrumentos, restaurarlo sería como traer de nuevo una gran parte de él. Me puse en la tarea de encontrar un lugar en el que lo pudieran recomponer, con tan buena suerte de que un día, al dirigirme a la oficina de los abogados de la parte civil, encontré el lugar adecuado para la reparación de este bonito instrumento.

Ahora que escucho estos instrumentos, con una gran diferencia de ritmos, a través de las manos de mi nieto Simón, ya no suenan los bambucos ni las guabinas que normalmente emanaban de este bonito utensilio. Lo esencial, sin embargo, es la alegría que siento al oír las notas musicales que salen de las manos de mi nieto y que, en otros tiempos, salían de las manos de 'mi viejo', su bisabuelo.

Tres generaciones y un mismo instrumento.

II

La bandola

Estimado instrumento de cuerdas, que me regalaste bellas melodías en las manos de ‘mi viejo’ (al que arrebataron de mi lado) y las cuales reflejas con tan solo verte restaurado, gracias por darme la magia de un ser tan especial que me llenó de muchas cosas en esos 44 años, en los que, gracias al Señor de los Cielos, pude disfrutar de todas y cada una de sus enseñanzas.

Ahora bien, al ocupar un lugar privilegiado en la sala de mi casa revives la presencia de ‘mi viejo’. Esta reacción, de cualquier forma, conlleva una gran carga emocional por su repentina ausencia.

Tu presencia hace comprensible que, después de 21 años, sienta alivio ante tan dura prueba.

Gracias por concederme el gran honor de restaurarte y ponerte en un lugar tan especial en mi hogar.

El Campanero de San Marcos

I

A la vez, suenan las campanas del reloj de pared que en su momento obsequié a 'mi viejita'. Es el Campanero de San Marcos, que me recuerda, cada media hora, a la mujer más hermosa que el Señor de los Cielos supo poner en mi camino.

II

13 de mayo de 1979. Esta es la fecha en la que compré este regalo para la persona más especial en mi vida.

Fue un deseo que pude cumplirle a mi mamá, que vivía enamorada de este hermoso reloj y de las campanas que hace sonar, cada media hora, demarcando el paso del tiempo.

Le agradezco a este objeto que tenga presente a 'mi viejita', quien, al igual que mi padre, ocupa un lugar muy especial en mi corazón, en el de mi esposa y en el de los otros integrantes de este hermoso grupo familiar, en cuyo seno compartimos los bellos sonidos del reloj, esos que retumban en toda la casa.

Está ubicado en el mismo lugar desde que llegó al hogar. En estos 42 años no has fallado un minuto. Aunque para algunos es indiferente el sonido de sus campanas, para mí es relajante y -por qué no- es el sentir de 'mi viejita', que desde el cielo lo disfruta cada instante.

Gracias al Campanero de San Marcos, 'mi viejita' vive en mi hogar en un lugar muy especial.

LUIS GUILLERMO ARBOLEDA NOREÑA

Soy un ser que aún sueña y trabaja por vivir en un país en el que se valore la existencia humana, se preserven los recursos naturales y se reconozca la belleza y las riquezas de nuestro territorio rural y urbano, de su gente emprendedora y luchadora que, a pesar de los horrores de la guerra, todavía conserva la esperanza de gozar de la paz y la tranquilidad.

Creo que es posible restablecer la confianza en los otros y en el Estado colombiano, para que sea ese mismo valor el que nos aferre al perdón, a la no repetición y a una reparación justa, frente a ese atrocidad crimen del secuestro, que un día nos privó de la presencia de los seres que amamos; que generó tantas angustias, temores, desvelos, ausencias, que hoy deberían estar en el olvido. A través de estas palabras,

Luis Guillermo es oriundo de Antioquia. Allí, en Urrao, en el año 2003, el frente 34 de las FARC-EP secuestró a su hermano y solicitó el pago de una suma de dinero para su liberación. Luego de cinco meses recogiendo el dinero, Luis, su madre Bertha Ligia Noreña y un allegado viajaron al punto de encuentro acordado para entregar la suma solicitada y finalmente encontrarse con su hermano. Sin embargo, los cuatro fueron retenidos por el grupo armado con el pretexto de que el dinero entregado era inferior a lo solicitado. Luego de una negociación, los hermanos y su acompañante fueron liberados, pero su madre Bertha quedó en poder del grupo armado, con el fin de que ellos pudieran reunir la suma completa. Su secuestro duró nueve meses.

Desde entonces, Luis Guillermo ha luchado para que no se olvide lo sucedido y para que haya un reconocimiento y medidas de reparación que reconozcan el daño a su familia y, especialmente, a su madre, quien, siendo mujer y adulta mayor, vivió de manera desproporcionada los impactos de este hecho.

Del secuestro hacia el despojo

Y, a pesar de todo..., el campo reverdece.
Si tan solo pudiésemos preservar en el ahora un
destello de nobleza,
como aquella que acompaña a la sabia naturaleza.
No escatimando en esfuerzos fútiles o
despiadados,
despojada del egoísmo de algunos seres humanos.
Por intereses mezquinos, para financiar la guerra
absurda,
me alejaron de mi madre, una tarde lúgubre y
burda.
La apresaron cual malevo y, tras sus lágrimas,
mustia.
Me dijo: “Ve tranquilo, ya he vivido, no te aflijas,
sigue y lucha sin angustia”.
Así, pues, la sometieron a incesantes caminatas.

Huyendo tras un refugio en las selvas
colombianas,
su libertad fue privada, su vida manoseada,
su senectud un martirio, alejada de su morada.
Vacío, sin un consuelo, que instaló la
incertidumbre.

No supe de ella tras meses sumergido en la
pesadumbre.

Su ausencia me embebió en enojos y en la cruel
melancolía,

aquella que sepultaba mi levedad día a día.

¡Ah, qué triste es darse cuenta de que el insensible
verdugo

manipula nuestra vida, estropea nuestro mundo,
juega con el sentimiento, amenaza con la muerte!

Así es como nos reprime el que se muestra
valiente dejando todo a su suerte.

Si el intercambio fuese posible, por mi madre no
me niego.

Pero no les valía de nada, ni una súplica
ni un ruego.

El botín era mi madre, moviliza sentimientos.

Es la figura cuantiosa que genera mil desvelos.

¡Y qué frágil es la vida y qué tristeza me embarga!,

el sentir la ausencia de mi madre por una
temporada larga.

Entregó su vida misma por el bienestar de todos
y se sumergió en la angustia de la falta y los
despojos.

Manipuladas nuestras vidas, con fiereza
y sin piedad,
irrupidas por el tiempo, perdido sin libertad
y en ansiedad.

Es una época amarga, solo llena de crueldad.
Mi pobre 'vieja' ya ajada, sola y presa de la maldad.
Pese a toda la ignominia que minó la dignidad,
el reencuentro con mi madre me devolvió
la verdad.

Y, a pesar de todo el drama y esta vivencia voraz,
seguimos apostando a una fecunda paz.

Deseos de equidad

Absorto me desconsuelo, me embriago en esta
amargura,
y a solas yo me cuestiono, tras esta Colombia dura.
No se conduce por nada, la solidaridad es una
burla.
Para el que todo lo tiene, no importa pobreza
alguna.
Pero, entre todo este caos lleno de desventura,
emerge posiblemente una suerte de apertura.
Se abre una pequeña puerta de ingreso a un justo
derecho,
que se escuche el infortunio de este pueblo ya
maltrecho.
Pero el Gobierno ensordece y se torna hasta
excluyente,
y, a pesar de los esfuerzos, desconoce los acuerdos.

La lucha no será en vano y con ansias
esperaremos
que algún día no lejano seamos todos escuchados.
Mi Colombia, no te aflijas, no llores de
desconsuelo;
saca ese odio profundo, que no fecunda en el
suelo.
No más polarización, ¡basta ya de confusiones!
Aclaremos este tono lleno de malversaciones.
Gritaremos: “¡Somos libres!”, despojados de
rencores.
Y, repletos de ilusiones, vibrarán los corazones.
Habitando el territorio, tanto rural como urbano,
la brecha de inequidad se alejará de lo humano.

AMPARO RANGEL AMADO

Encontrar la acogida de escucha y desahogo es como un amanecer hermoso para reconocer que compartimos largos silencios e incertidumbres, pues entre todos vamos buscando esa tranquilidad y paz en nuestros corazones; somos humanos, nos equivocamos y perdonamos. Gracias por la oportunidad de este encuentro.

¡Quiero dejar mis miedos atrás y dejar el pasado! Tenemos derecho a elegir y a soñar.

Amparo es la segunda de seis hermanos del matrimonio de Esteban Rangel y Gladys Amado, santandereanos “de pura cepa”, que con su esfuerzo sacaron adelante la empresa de calzado ‘La Pielroja’. Contar la historia de la empresa es contar la historia de la familia, pues esta empieza con el abuelo de Amparo, quien se dedicaba a fabricar y a vender alpargatas bajo el nombre de La Pielroja; luego, al casarse su hija, este les cede el local que, para ese entonces, estaba ubicado en San



‘La Pielroja’

Me pregunto: ¿Por qué estoy acá?, ¿qué me trae a estar hablando acá, a revolver recuerdos de algo que ocurrió hace 25 años?, ¿lo hago por verdad, justicia o reparación?

Mi papá, como santandereano de pura cepa, nacido en un pueblito llamado Cabrera, fue muy fiel a sus creencias y a sus principios: la pujanza y el temple siempre estaban presentes. A pesar de que salió de su pueblo por la violencia, nunca olvidó sus raíces y, con el paso del tiempo, fue el fundador del ancianato Esteban Rangel Vesga. Mi madre, igual santandereana, nacida en El Socorro, con una capacidad de trabajo inmensa y una visión de empresaria infinita, tuvo un liderazgo que fue como un don que nació con ella; cualidades que, se puede decir, fueron heredaras de Antonia Santos o Manuela Beltrán, mujeres líderes de Pinchote y El Socorro.

Los santandereanos solo saben afrontar la vida luchándola, así que ambos decidieron emprender un sueño en un pequeño local que les regaló mi abuelo y hacer realidad sus proyectos. Él tenía una fábrica de alpargatas llamada 'La Pielroja', en El Socorro, desde donde serían llevadas a la capital, a San Victorino (zona próspera de Bogotá).

Así nació la empresa, con el matrimonio de mis padres. Ambos decidieron soñar: tener familia y empresa a la par. No se concebía lo uno sin lo otro. Mis padres tuvieron seis hijos: cinco mujeres y un varón. Los que nacimos en los siguientes siete años posteriores a su fundación y matrimonio crecimos junto con la empresa. De los seis hijos, cinco trabajamos en la empresa familiar.

Mis hermanas Clara, Myrian y Gladys, y mi hermano Esteban y yo, nacimos seguidos, mientras la empresa 'La Pielroja' iba cosechando logros, uno tras otro, y fueron ganándose la confianza de las grandes empresas de Colombia, debido al buen manejo de los productos y, en especial, la atención al cliente. Con su dedicación, humildad y trabajo lograron en poco tiempo que las empresas productoras de calzado se fijaran y confiaran en ellos: Stanton S. A. S. Caucho-sol y Panam Colombiana de Plásticos. Fue así como

lograron obtener el apoyo de otros empresarios que vieron en ellos una alianza estratégica para ganarse el nombre de los mayores distribuidores de calzado en el país.

Los hermanos Rangel Amado y la empresa fuimos prosperando juntos en un ambiente en el cual hacíamos parte de ella, nos llevaban a jugar, a enrollar almanaques y, cuando estuvimos un poco más grandes, nos empezaron a delegar responsabilidades; no extrañábamos el parque de diversiones.

Mientras nos educábamos, nuestros padres siguieron sembrando en nosotros el amor y la dedicación hasta hacernos profesionales, integrándonos a la empresa en cada una de las áreas en las que nos preparamos.

El número de empleados, las tiendas y la cantidad de clientes fueron creciendo, y la estructura organizacional se fue adaptando a las necesidades del mercado, ganando la confianza de los proveedores, la banca, el sector del calzado, los clientes y el Gobierno. Después de 18 años de casados, llegó mi hermana menor, la sexta, la única que no trabajó en la empresa. Ella era parte de otra generación. Su infancia y sus juegos fueron con mis hijas y con los hijos de mi hermana mayor. Con el tiempo y el

nacimiento de mi otro hijo y los hijos de mis hermanas, se fue entrelazando la tercera generación.

Mientras la empresa seguía su desarrollo, ya con una estructura madura, mi papá (como gerente general), mi mamá (como diseñadora de estrategias) y cada uno de nosotros, sus hijos (en un área diferente), logramos con esfuerzo y dedicación recibir el reconocimiento como empresarios de éxito. Cuando sucedió mi secuestro, ya éramos una empresa representativa en el país.

Cada logro de la compañía era un reto para nosotros. De esta forma, se fue entretejiendo la historia. El rol de la empresa al interior de la familia era importante: ella nos vio nacer, nos vio crecer, nos dio la educación y nos dio trabajo; no solo a nosotros, sino a un número importante de empleados, porque también cada uno de ellos se convertía en parte de esta aventura e incluso sus hijos, que se vinculaban posteriormente. Nos propusimos cuidarlos, respetarlos y apoyarlos, a ellos y a sus familias, mientras le dedicaran su esfuerzo a este emprendimiento. Pagábamos nuestros impuestos, cumplíamos con todas nuestras obligaciones y nos hicimos de buena reputación en el sector.

Nuestros padres nos inculcaron grandes valores: honestidad, respeto, amor al prójimo, tenacidad, valentía y dedicación a lo que queremos, incluyendo la familia.

Hacer crecer la familia y la empresa al mismo tiempo no fue fácil. Prácticamente, las instalaciones hacían parte de nuestro diario vivir y en ellas los chicos hacían sus tareas y estaban a nuestro lado cuando sacábamos adelante cada proyecto. Deseábamos tener una empresa que fuera el legado para nuestros hijos y continuara así, de Rangel en Rangel, por décadas.

Conformábamos un equipo en el que nos complementábamos en habilidades y conocimientos que impulsaron el crecimiento del negocio. Mientras me dedicaba al área de las ventas al por mayor, mis hermanas se ocupaban de revisar la calidad, las finanzas, la comercialización en puntos de venta, la distribución, las dotaciones de calzado y las licitaciones de las fuerzas militares en todo el país. Por su parte, también mis cuñados participaban en el área de la producción y los recursos humanos. Fue una labor de equipo muy ardua y edificante para todos.

Para hacer la venta al mayoreo se requería establecer muchos contactos en diferentes regiones

del país y para esto debíamos contar con representantes de venta en cada uno de los departamentos a los cuales llegábamos. Con las solicitudes de las licitaciones, en ocasiones nos tocaba unirnos con la competencia para poder cumplir los requisitos. Una empresa de calzado involucra no solo el cuero como tal, sino otros sectores de la economía como son: el que hace las suelas, los botones, el adhesivo, los remaches, los cordones, la tela y el hilo y, además, el sector de alimentos, pues contábamos con un restaurante donde el equipo de trabajo podía acceder al desayuno y al almuerzo.

Todo iba bien cuando se presentó, en forma violenta y sin explicación, la muerte de mi hermano Esteban, dejando una huella profunda en la familia. Fue el primer hecho que nos generó una herida irremediable. Y así empezamos a ser víctimas de la inseguridad en nuestro país.

Meses después, cuando trabajaba en 'La Pielroja', tenía una rutina diaria que me permitía cumplir con todas mis responsabilidades. Cierta día, aparentemente normal, cuando estaba llegando a la oficina, a las 7:00 a. m., me hicieron un pare unos hombres vestidos de guardias de tránsito. Ejerciendo su autoridad, me engañaron, me pidieron documentos y,

luego de verificar con mi cédula que era Amparo Rangel, me metieron en un auto, secuestrándome y llevándome al lugar más oscuro que un ser humano puede imaginar. Al principio solo pedían que me callara y no decían nada. Mi angustia, sorpresa y miedo eran aterradores. En ese momento solamente tenía mi ropa, unas joyas y mi dignidad, pero ellos me quitaron todo.

Mi nombre dejó de ser Amparo o ‘mamá’. Si bien el significado bíblico de la palabra Amparo es “protección”, “aquel que da cobija” y, en el sentido legal, el recurso de amparo es protección al ciudadano y a la Constitución, pasé a ser “la mercancía” (así me llamaban en ese momento).

No improvisaron. Tenían todo muy bien planeado, estaban muy organizados. Me cambiaron de carro, en una maniobra perfectamente cronometrada, y la policía no se percató de que me sacaron de la ciudad por una carretera normal.

Yo lo vi, lo sufrí, no me lo contaron. Hacen elecciones racionales sobre dónde, cuándo y cómo cometer el delito. Tienen medido el riesgo y la recompensa.

Solo hasta llegar la noche me presentaron al comandante, quien me informó que era un secuestro

de las FARC para hacer cumplir la ley 02 de pago de impuestos para la revolución¹.

Ese mismo día, mi familia se enteró de mi desaparición y, al ser informados, se volvieron también secuestrados, pues la seguridad y la privacidad se implementaron para el resto de mis seres queridos, sobre todo porque amenazaron con cambiar, en cualquier momento, “la mercancía” por mi hija. Si no se pagaba o si se hacía algo imprudente (para las FARC), entonces también podría quedarme indefinidamente secuestrada, pues, según sus palabras, “no tenían afán”.

Manejaban las llamadas telefónicas con exigencias; las presiones pasaron a ser costumbre. Como era delito pagar por un rescate, según la Ley 40 de 1993, tenían que actuar con prudencia y miedo. A escondidas del Gobierno se tuvo que pagar el valor exigido, por lo cual mis familiares pasaron a ser delincuentes, mientras yo seguía siendo “la mercancía”. Fue así entonces como nos quedamos solos, ellos y yo.

1 Aquí la víctima se refiere a la ley 02 sobre tributación, la cual hizo parte del reglamento interno de las FARC y que estableció los secuestros extorsivos como política.

¿Cómo puede una madre resistir que su hijo muera intempestivamente y su hija esté secuestrada sin saber de ella durante meses? Solo pensando si estaba muerta o navegando en la incertidumbre de si cumplirían su palabra de devolverme con vida después de negociar.

Mis padres, hermanas y cuñados buscaron la forma de liberarme y encontrar el dinero a toda costa. Aún no sé cómo lo lograron, pero mi presencia ahora ratifica que sí hicieron el pago.

En mi cautiverio, no dejaba de pasar por mi cabeza toda la información de los datos de las ventas por realizar, las deudas, las alianzas pendientes, los proveedores que había logrado contactar, los más de 5000 clientes a los que había que despacharles, la cartera de los vendedores, todo lo que en los comités se había tratado... Estaba todo allí, en mi mente... La empresa sufrió el retroceso de los diferentes procesos que había logrado establecer durante décadas. Cada contacto de la cartera y clientes que faltaban por pagarnos se perdieron por la crítica situación del país, pues era imposible recuperar el valor de los créditos que habíamos otorgado a los clientes en las zonas rojas. Allí se debía pagar a la guerrilla una parte de dinero en "vacunas" o extorsión a comerciantes y

empresarios; además, existían las “pescas milagrosas” y retenes en las diferentes carreteras del país, para obligar a todo el que pasara a pagarles a las FARC o ELN y dejarles a su nombre los bienes.

Esto generó una inseguridad, desconfianza e inestabilidad en los negocios que estaban por venir y que nunca se pudieron concretar porque yo no estaba allí. De esa forma, hubo una doble pérdida para la empresa, la cartera no recuperada y el valor pagado del secuestro.

Mi estadía en cautiverio no fue fácil. Mi estado de ánimo estaba mal y no me provocaba comer. En la noche nos movíamos por montañas, ríos, bosques; los ruidos de animales me aterraban; me picaron los mosquitos en cada rincón de mi piel; me enfermé hasta el punto de que no pude caminar; me derrumbé física y emocionalmente, por lo cual tuvieron que buscarme ayuda, no podía más. Aunque me arrastraban, empujaban, trataban de pasar-me de un sitio a otro, mis resistencias se redujeron al mínimo y pensé que moriría allí, pero, gracias a Dios y a todos los que pedían por mí, a todas las oraciones, se dio mi regreso a la lucha por vivir.

Pasaron nueve meses de cautiverio, entre páramos, bosques y llanos, y en tres campamentos de las

FARC, con once vigilantes distintos y dos comandantes que me tuvieron como su rehén, su “mercancía”.

La primera vez que me dijeron que volvería a mi hogar me puse feliz. Mi actitud cambió y quise cambiarme, pedí algunas cosas, me dieron un espejo... Pero esto duró poco. Fui engañada, pues solo querían manipularme para que avanzara. Cuando me di cuenta de que pasaban los días y el regreso no se daba, me sentí tan defraudada que me puse a llorar, día y noche, como en los primeros días.

Pasó el tiempo y, de nuevo, me dieron la noticia que esperaba. Solo que esta vez ya no les creí; pensé que otra vez estaban jugando conmigo. El comandante me decía que en esta ocasión sí era verdad. Empecé a creerles solo hasta cuando vi que el ambiente, el tipo de vegetación, cambiaban, y que ya olía distinto. Ahí supe que estábamos de regreso. Tanto tiempo en esos matorrales le ayudaban a uno a diferenciar si estaba en el campo o en una llanura, o si olía a cafetales; es tan distinto pasar del llano a Cundinamarca... Comencé entonces a entender que sí era verdad, pero estábamos muy lejos y los días pasaban. Fueron varias semanas las que transcurrieron antes de que se diera el retorno

a casa. Y por fin llegó ese día de intercambio para regresar a mi hogar.

El reencuentro no se pudo llamar reencuentro porque ni ellos ni yo éramos las mismas personas, ni jamás pudimos volver a ser los mismos.

La muerte de mi hermano Esteban, sumada a toda la situación del secuestro y rescate, le generó un estrés a mi mamá que afectó gravemente su salud y derivó en un cáncer.

Todos habíamos cambiado. Mis hijos habían vivido y crecido sin mí en una etapa de la niñez y la adolescencia que fue difícil para cada uno. Aunque era la misma situación, la forma de enfrentarla fue diferente para Natalia (la mayor), Lina (la del medio) y Julián (el menor). Todos habían estado sometidos a mucha presión en el colegio, pues habían sido señalados y apartados por los demás. Sin embargo, su padre los apoyó y trató de conservarlos como en una burbuja de aire mientras yo regresaba; los mantuvo unidos y a mi regreso sobrevivimos todos juntos. La empresa, no obstante, se tuvo que reducir a lo elemental y así ir pagando las enormes deudas.

Cuando creíamos que estábamos encaminados, secuestraron a mi padre. La misma manera de

operar, los mismos códigos, las mismas víctimas y el mismo grupo.

Fue la familiaridad que se había logrado en todo el recorrido de desarrollo de la empresa; esa confianza de los empleados generó un sobreabuso. Una de nuestras empleadas comenzó a coquetearle a mi padre y, con la ayuda de otra persona que trabajaba con nosotros como vendedor, realizaron artimañas para que abandonara las instalaciones y se fuera con ellos a un lugar donde lo mantuvieron en cautiverio mientras lo vendían a las FARC. Para realizar esta maniobra, igualmente muy bien coordinada, lo llevaron a varios campamentos, y tuvo que moverse en las noches e intentar estar a salvo para poder regresar al seno del hogar. Pienso que para él fue muy duro, pues el hecho de que mi mamá estuviera en cama con un cáncer terminal, la empresa se encontrara tan deteriorada y sintiera culpa de haberse dejado engañar por alguien de su confianza lo debieron carcomer por dentro.

Lo más doloroso en este caso fue, para sus hijas y su esposa, cuando descubrimos los medios y los motivos que estaban detrás del secuestro.

La empresa se vio en problemas para pagar otro rescate y se derrumbó. La quiebra de la compañía

explicaría quién respaldó todo lo entregado. Para ello, se tuvo que despedir a la mayoría de los empleados y el trabajo se convirtió en un esfuerzo inconmensurable por pagar un nuevo rescate que obligó a cerrar puntos de venta. Aparte de las llamadas telefónicas con exigencias y presiones que hicieron los secuestradores, también recibíamos las del Gobierno y sus impuestos, y las de proveedores y bancos que tampoco nos dieron un respiro. El golpe fue directo al corazón y sin ayuda de nadie. A este punto ya costaba levantarse. Pese a esto, como una familia unida, continuamos adelante contra viento y marea, pues, en lo imposible y lo posible, lo dimos todo. Pero la ley de insolvencia económica desvaneció muchos sueños. Esa fue la verdad, una triste realidad de un fin que solo nos dejó deudas.

Fue el comienzo de un final muy triste, un paso más que no sabíamos cómo enfrentar y que tuvimos que dar tal vez en el peor momento, pues para ese entonces el cáncer de mi mamá había empeorado y su estado era crítico. Cuando secuestraron a mi padre, él sabía que si volvía ya no la encontraría. En efecto, mi madre murió mientras mi padre estaba secuestrado.

¡Hoy pienso que fuimos uno solo! No me imaginé dividida: lo que afectaba a la empresa afectaba a la familia y viceversa. Al final, 'La Pielroja' era nuestra hermana mayor.

Como mi secuestro fue primero, sabía por lo que había pasado mi padre. Quise conversar con él sobre lo que le sucedió, pero el silencio, el miedo y la negación en los que entró lo llevaron a vivir este proceso en soledad. No quiso compartir ni hablar con nadie sobre lo ocurrido. Además, en su ausencia, a mi hermana Clara le dio cáncer, debido a todo ese sufrimiento, y a su regreso él se enteró de esta situación. Vivió su dolor, sus culpas y sus temores con él mismo. Fue muy duro porque esto lo golpeó como hombre y cabeza de familia. Entró en silencio para protegerse. Era demasiado callado y, aunque le insistí para que se abriera conmigo, me decía: "No, no, hija, yo estuve bien. A mí la gente me trató bien, no me maltrataron. Este país es de los buenos. Esto no tiene trascendencia. No se preocupen por mí. Me dieron mi droga. Su papá aguantó".

Mi papá confiaba en todo el mundo y no quería manifestar nada de lo que había pasado. Prefirió absorber todo él solo, pues le parecía que, al ser esa

carga tan pesada, debía protegerse de este modo a sí mismo, a la familia y a la empresa.

Fue así como entró en ese silencio. Y, aunque se recuperó de salud, no volvió a la empresa, ni volvió a ser el hombre extrovertido y alegre del pasado. Se fue apagando y mermando, a pesar de los cuidados que le brindábamos. Tuvimos espacios familiares enriquecedores para que no desfalleciera ni física ni emocionalmente, pero fueron meses en los que no quería salir de la habitación. Sufría solo. Se había convertido en un hombre distante, lejano, solitario. Poco a poco le empezaron a llegar las enfermedades y una depresión que no superó.

Con mis hermanas le dijimos que estuviera tranquilo, que nosotras lucharíamos y seguiríamos adelante. Cada una asumió un reto para trabajar por la compañía: Myrian, en la parte financiera; Clara, en las licitaciones; Gladys, en compras y comercialización, y yo, puntos de venta. También contamos con mi esposo Mario, en producción; mi cuñado Germán, en seguridad y gestión humana; mi cuñado Iván, en sistematización, y mi sobrina Bibiana, que empezó a participar en el área contable.

Con el pasar de los años, mi papá solo quería dormir para estar alejado y no estar en este mundo

sino en su silencio. Todo esto hizo que nosotras no nos quejáramos, no denunciáramos. Finalmente, mi papá murió en el 2019, y luego, en el 2020, murió mi hermana Clara de cáncer.

¿Estoy acá por justicia?

El secuestro es un delito grave con consecuencias dolorosas para las víctimas, sus familias y, en este caso, también para la empresa y todos los que dependían de esta. Hay pruebas convincentes de que muchas de las víctimas y las empresas que sobreviven a un secuestro nunca llegan a recuperarse totalmente del trauma que esto ocasiona.

Ser secuestrado es solo el inicio de un sufrimiento muy difícil de sanar. Pasé muchas noches caminando en la oscuridad, escuchando el ruido de los animales, los relámpagos; caminando a la intemperie, sin rumbo, sin que nadie me hablara y solo me ordenaran “continuar”, sin saber si podría llegar. En cautiverio sentí que todas las fuerzas se acababan y que no podía dar un paso más, mientras me pasaban de un monte a otro arrastrándome y embastrándome hasta no poder más, sin ver a nadie que

podiera ayudarme o con quien por lo menos pudiera sentir que estaba a salvo. Ahí conocí la soledad.

En el día, cuando estábamos a plena luz, pero aún escondidos dentro de una carpa negra, yo permanecía amarrada, sin poder moverme, sin saber qué sería de mi vida en el siguiente minuto y sintiendo que la vida se me iba sin poder hacer nada, sin decir nada, sin poder expresar mi dolor. Nadie me escuchaba, pues no se le permitía al personal dirigirme la palabra. Estaba completamente aislada, en la desesperanza. Y aunque llegaba un nuevo día, esto no era algo bueno, porque sentía impotencia de volver a tener un día tan doloroso como el anterior y como el siguiente. Todo era igual y lleno de angustia por perder la vida en cualquier instante.

Cuando regresé del secuestro, trataba de empezar a confiar en los míos y desconfiar de cualquier otro. Me resultó imposible volver a manejar, tomar un carro o andar sola. Es aterrador. Siento que me vigilan y que debo cambiar mis rutinas a la hora de desplazarme. Es algo que no puedo evitar, que se ha quedado grabado en mi mente. Tal como me asustaba en el bosque cuando escuchaba cualquier pisada o cualquier ruido de un animal salvaje, ahora es igual, cualquier ruido me genera incertidumbre

y desasosiego. Mi mente comienza a traerme malos recuerdos que me atrapan nuevamente en esos lugares que deseo olvidar; pero, en realidad, estoy aquí, en este presente en el que debo luchar por mí, por mi pareja, por mis hijos, por mi familia.

Mi religión y mi fe me enseñaron a perdonar, y hay noches que hasta rezo por quienes se llevaron mi libertad. Pero muchas veces el enojo es más fuerte que el perdón, y tampoco puedo encontrar allí la justicia. No es justo.

¿Reparación?

Habría que inventar otra palabra para esto, porque nadie me puede devolver a mi papá, ni a mi mamá, ni a mi hermano, ni a mi hermana, ni mi tiempo, ni la salud de mi hija, ni los proyectos familiares truncados.

Por otra parte, ¿cómo reparar lo perdido con los empleados con los que trabajé codo a codo para construir un sueño? Ese daño es irreparable. No podemos hablar de alivio, porque hace 25 años que venimos pagando deudas que nos arrebataron el dinero de la empresa, el de nuestros proveedores, el de nuestra familia.

Por más de dos décadas seguimos trabajando para pagar lo que ellos se llevaron ilegalmente y lo que nosotros ganamos con humildad, respeto y con cada gota de sudor; sudor que seguimos invirtiendo hoy en día, porque las deudas aún no están saldadas. Nunca hemos dejado de pagarle al Gobierno los impuestos, ni los préstamos a los proveedores que no quisimos abandonar. El único interés que demostraron los bancos por nuestra situación fue el interés que les pagábamos. Estamos hablando de una persona jurídica que también fue víctima de este atropello y del que alguien se tiene que hacer cargo.

Sin embargo, ahora que ha muerto mi papá, decidí romper el silencio de 25 años y denunciar todo lo ocurrido. Quiero alzar mi voz de protesta frente a todas las entidades que nos quitaron el apoyo y que aún hoy, en el 2021, persisten. Podemos demostrar que después de tantos años no hemos acabado de pagar deudas y los proveedores no nos despachan por estar en la ley de insolvencia, y para los bancos no somos merecedores de alivios financieros, pues no gozamos de un récord crediticio positivo y, en

consecuencia, perdimos todo derecho a tener un capital de trabajo y estamos bloqueados. La DIAN, aunque conoce nuestra historia y nuestros motivos, nos sigue acumulando intereses de usura sin piedad.

Me cuesta entender la justicia humana. Después de todos estos años no puedo comprenderla; me resulta más fácil entender la justicia divina. Es imposible volver a confiar.

A lo anterior contribuyó haber perdido la demanda contra el CTI. A pesar de que después de varios años de investigaciones se determinó que quienes participaron en el secuestro eran empleados activos del CTI y de haberse resuelto el caso, en principio, a nuestro favor, en la última instancia del proceso la Corte los eximió de la responsabilidad argumentando, principalmente, que los empleados no se encontraban en horario laboral, pues los hechos se perpetraron un sábado en la tarde. Entonces, ¿quién está detrás de esto?

Es imposible recuperar la confianza y me pregunto en quién creer, si en el secuestro de mi papá intervinieron personas de la Fiscalía y del CTI, según los hallazgos de las investigaciones finales. ¿En las instituciones del Estado, los funcionarios públicos, la DIAN, el Ejército o la Policía, cuando se mostraron

negligentes y no hicieron nada?, ¿o en aquellos que causaron el daño?, ¿o en los bancos o los proveedores que nos quitaron el crédito sin que les interesara lo que nos pasó? Esa confianza desapareció.

¿Cómo confiar si las amenazas vienen una tras otra?

Los embargos de las cuentas corrientes por parte de la DIAN generan un valor de la deuda tres veces superior a lo que se debe, y la sanción por el impago puede suponer incluso la cárcel.

Siento mucho miedo de hablar y no puedo confiar en los empleados tampoco (por los antecedentes).

Cada día se recrudece la situación para todos porque las normas y las leyes solo protegen a los emprendedores y no a las empresas con tradición. La ley de salvamento a las empresas no se aplica, ni los beneficios que se derivan de la Ley 1116 de 1996, de Insolvencia Empresarial, ni la protección que se dio durante la pandemia. Nada de esto impide que una empresa desaparezca.

Arrendar un local se volvió imposible, pues las administraciones eran muy altas y esto, más los intereses de las deudas adquiridas, derivó en una acumulación que no se pudo sostener más. Los proveedores se volvieron en contra y solo aceptaban

pagos de contado, y ya no podíamos cumplir con los volúmenes necesarios para la distribución de los productos.

Los únicos que nos han brindado su apoyo son la Cámara de Comercio y su equipo de trabajo, a quienes hoy quiero agradecer por proporcionarnos capacitaciones, ayudarnos en el desarrollo de marca y ofrecernos un programa para desarrollarnos tecnológicamente. De resto, las puertas han estado cerradas.

Entonces, me vuelvo a preguntar: ¿por qué estoy acá? La respuesta es que quiero elevar mi voz por los derechos humanos; que se empiecen a escuchar voces como la mía, historias como la nuestra; que no sufran solas más familias, como nosotros sufrimos con tan poco apoyo.

Además, quiero que empresas con proyectos humildes puedan crecer, para que sigamos aprendiendo sobre la importancia del trabajo y la dignidad que eso conlleva; que aquellas que tenían un sueño como el nuestro, el cual también les fue secuestrado, recuperen la capacidad de soñar; que mi

familia esté tranquila y que no tengamos que seguir pagando el precio de un delito que no cometimos y del que, por el contrario, fuimos víctimas.

Todo esto da miedo. Al contrario de lo que se podría esperar, fuimos señalados casi como “los delincuentes”. Después de la muerte de mi padre, decidí abrir estas heridas y declararme como víctima². Hoy pienso que hay que hacerlo, pues esto permite la sanación.

2 Según el Auto 019 de la Jurisdicción Especial para la Paz, aunque resulta complejo contabilizar las cifras de secuestros realizados por la antigua guerrilla en Colombia, la cantidad de víctimas sería de 21.396, aproximadamente.

Quiero

Quiero ver a mi nieta crecer;
quiero un mundo un poquito más justo;
quiero estar jugando con mi nieta;
quiero cocinar con mis hijos;
quiero compartir con mis hermanas;
quiero conversar con mi esposo;
quiero reír con mi familia;
quiero disfrutar de mis amigos;
quiero cerrar los ojos tranquila;
quiero que no me estén llevando, por la fuerza,
en un auto en medio de la selva;
quiero volver a confiar;
quiero volver a dormir en paz.

EDNA MARGARITA SÁNCHEZ RIVAS

Soy licenciada en Danzas y Teatro, con especialización en Dramaturgia, y docente de primaria. Actualmente, coordino los proyectos de jornada completa con las entidades aliadas a la Secretaría de Educación de Bogotá, en un colegio al suroriente de la ciudad.

Soy hermana del extinto teniente coronel Elkin Hernández Rivas, el cual fue secuestrado por el frente 15 de las FARC-EP, el 14 de octubre de 1998, y asesinado en el operativo militar 'Júpiter', el 26 de noviembre de 2011. Durante su secuestro me dediqué a trabajar con Asfamipaz (Asociación de Familiares Secuestrados y Liberados por la Guerrilla), junto con Marleny Orjuela, presidenta de la organización, buscando la manera de lograr la libertad de policías y militares en cautiverio por la guerrilla. Luego de un tiempo renuncié a Asfamipaz.

Lo que aprendí con el secuestro y el asesinato de mi hermano es que la vida cambia en un instante y solo te quedan los recuerdos de la lucha por sobrevivir, ante la arrogancia de aquellos que poseen

el poder. Pese a esto, no debemos bajar la guardia frente a la obtención de la verdad y la construcción de un país en paz.

Cuando el mayor Elkin Hernández Rivas fue secuestrado tenía solo 22 años. Él, su 'hermanito', estaba en la selva y no se sabía cuándo volvería, y es que, para Edna Margarita, desde el día en que le dieron la noticia, su actividad central se convirtió en exigir la liberación de los secuestrados y en que se aceptara un canje humanitario por sobre el rescate militar. Ella, junto con sus padres Silvio Hernández y Magdalena Rivas, y sus hermanas Mayerly y Paola, participaron en encuentros, marchas, plantones, viajes hasta la selva, pidiendo que lo liberaran y pruebas de supervivencia.

Así transcurrieron trece largos años, durante los cuales, con cada prueba de supervivencia —nueve en total— Edna veía cómo el joven que recordaba y que conocía se iba convirtiendo en un adulto. Tristemente, en el 2011, durante un operativo militar de rescate, Elkin fue asesinado por la guerrilla. Hoy Edna sigue manteniendo vivo el recuerdo de su hermano, que representa a todos los jóvenes que por la guerra perdieron su juventud y no pudieron volver con sus familias.



Testigo silencioso

Tu color pálido mate muestra los años que has pasado observando a tu alrededor en silencio. Fuiste tallado rústicamente por un aprendiz: peón por peón, caballos robustos listos para el ataque, un elefante que con el tiempo fue transformado y simplificado a la mínima expresión de un alfil, torres que asemejan el fuerte de un castillo creado en la mente de los jugadores, una reina empoderada que defiende a su rey en medio de una batalla, cuyo ímpetu la hace atractiva en el juego, y una masculinidad de un rey que captura a sus rehenes escoltado por su séquito en el juego.

¡Cuánto callaste en medio de la selva, capturando las diferentes emociones y los temperamentos de tus escultores! Estuviste entre risas, llantos, decepciones, noches interminables en las cuales, tal vez, solo escuchabas la frase: “Cuando sea libre haré tal

cosa o tal otra”. Eran 32 fichas escuchando sueños de libertad y, a la vez, con la tensión de saber quién ganaría, si las blancas o las negras, para no tener que lavar unos platos desportillados por el uso y unas ollas grandes sumidas en el trajín diario. Eran 32 fichas que cobraban vida mientras sus jugadores planeaban la mejor batalla para que no fueran capturadas; irónico, porque sus jugadores llevaban más de 14 años secuestrados, ¿por las fichas blancas o por las negras? Eso no se sabe. La vida es una gran partida de ajedrez.

El 26 de noviembre de 2011, el aire danzaba con las hojas de los árboles en la tupida y enmarañada selva, una que otra ave realizaba su cantar matutino y ustedes descansaban de una ardua partida de la noche anterior. Cada bando se encontraba cuidadosamente protegido: las fichas blancas dentro de una bolsa verde elástica y rudimentaria, y las fichas negras en una media de nailon. Y me pregunto de dónde sacarían la media de nailon. Es un misterio más de la selva, que ya no me podrás responder.

Esta calma natural se vio interrumpida por gritos y ráfagas de disparos que venían de diferentes lados. La tierra empezó a teñirse de color rojo, las voces de sus escultores y jugadores solo elevaban

plegarías a Dios. Por supuesto, Él los escuchó. Hoy se encuentran en otro plano diferente al terrenal, pero eso creo que no era lo que estaban pidiendo. 32 fichas de ajedrez quedaron junto a su escultor, que lo había tallado con la esperanza de volver a ver a su familia. Reina, rey, alfil, caballo, torre y peón, díganme qué les susurró mi hermano antes de caer tiñendo el suelo de rojo.

En las obras de teatro, los silencios que son prolongados se llaman baches, pero el silencio de ustedes es incertidumbre, esperanza, nostalgia y, sobre todo, verdad, la cual espero nos sea revelada en algún momento. ¡Cuántos meses, años o décadas llevas callando! Solo escuchas. Mi corazón late de prisa cuando observo las fichas. La ira y la tristeza se apoderan de mí al no tener respuesta alguna de lo que pasó ese día, donde se empañó la vida de cada uno de los integrantes de la familia con sentimientos tan sombríos que a muchos de nosotros destruyeron.

¿Saben una cosa? Mi imaginación saca a esa niña interior, y sueño con miles de posibilidades, entre ellas, cómo sería si se convirtieran cada una de ustedes en tripulantes de un tablero lleno de luces y botones, cual máquina del tiempo. Viajar hasta cuando yo era joven y Elkin era el niño al que le

cambiaba los pañales, y me enojaba porque su llanto no me dejaba seguir jugando. Ese tablero de ajedrez —hoy mi máquina del tiempo— narra una historia sin fin y sinsabores que trae la guerra, porque nos han convertido en peones de un sistema supuestamente organizado y civilizado.

Mi peón X o Y, ¿cuánto te identificaste con mi hermano, mientras él sigilosamente miraba a su oponente el “futuro” y te movía hacia adelante para avanzar en el juego de la libertad? Bajo la lluvia, él lloró su desgracia y lo hacía de esa manera porque las lágrimas que derramaba sobre sus mejillas se camuflaban con las grandes gotas que caían del cielo. Tú y Elkin eran uno solo, porque te impregnaste del olor a selva, a hierba húmeda; juntos corrían hacia lo incierto, hacia la vida o hacia la muerte. Tú deseabas llegar a la octava línea para ser ascendido o, al menos, descansar sin que nadie te arrastrara o humillara. Tanto Elkin como tú eran peones, fichas que si morían no le importarían a nadie, porque había otros detrás de ustedes.

Mi peón X o Y, déjame sentirte, olerte, palparte; no dejes que mi memoria se borre, como la niña interior que había en mí y se desvaneció. Hoy queda una mujer que le angustia el no poder recordar la

voz de su cómplice y alcahueta, que se va diluyendo lentamente como una gota de tinta en el océano. Peón, te llevo a mi pecho y me queda aún tu olor. Por favor, guarda el olor a ilusión, no dejes que se pierda, porque así sé que Elkin aún está conmigo.

Hoy, mientras limpiaba tu tablero, convertido en máquina del tiempo, vi que también tenías una herida de la guerra, una gran cicatriz que te atraviesa de extremo a extremo, y me transporta al momento más difícil que vivió Elkin. ¿Por qué, hecho con madera de la selva húmeda y hostil, no conociste nunca la civilización? Tal vez le quitaste a Elkin la oportunidad de regresar acá donde él pertenecía.

¿Qué pacto hiciste con él? Tal vez tú le dijiste que era el momento de abandonar la partida, porque lo viste agotado, cansado de ver que habían transcurrido catorce años entre árboles y matas, y nada nuevo se veía venir. 36 años había cumplido en el 2011 y el mundo había evolucionado. Tú le quitaste por un momento los sueños de libertad.

Y en las discusiones usuales del ajedrez, donde el jugador es individualista, me dices que mi hermano nunca dejó de soñar y su lealtad se aferró a un morral donde ibas tú. Elkin corría tras la libertad, gritaba: “¡Aquí estamos! ¡No disparen!”. Pero en un

momento sus gritos cesaron y solo sentiste su peso sobre el tuyo, mientras su voz debilitada susurraba: “El único amor verdadero es la familia. Seremos una vez más la noticia del momento”.

Eres la memoria silenciosa donde se capturaron los mejores años de la vida de un ser maravilloso como mi hermano. Perdóname por desearte que te quedaras enterrado en la selva, pero el juego de la vida nos dio un jaque mate. Cada pieza tuya me recuerda que Elkin aún está vivo diciéndome: “Lala, tienes una misión, sé feliz, apasionate con cada molécula de oxígeno que entra a tus pulmones, porque en el momento de partir los tuyos se quedarán con lo mejor de ti”.

ALBEIRO HERNANDO GÓEZ

Soy esposo, padre, empleado, campesino, secuestrado, huérfano y desplazado.

Pasé mi niñez muy feliz en Dabeiba, con mi padre, un campesino muy trabajador, hasta que llegó la violencia, nos secuestró la guerrilla, me torturó el Ejército, me desplazó la guerrilla y, por último, quedé huérfano por los paramilitares.

Ya en Medellín me adapté a una nueva realidad para crear otro rumbo. Ahora tengo cuatro hijos, construí mi casa y sigo trabajando. Yo pienso que mi esposa y mis hijos son los héroes de mi historia.

Yo quisiera que mi historia y resiliencia inspire a muchas personas que han pasado por momentos difíciles a seguir adelante con sus sueños y a que sueñen nuevas cosas y, sobre todo, a ser buenas personas, a pesar de las circunstancias.



Albeiro Hernando Góez es un sobreviviente del conflicto armado y de la violencia sociopolítica en Colombia que ha sido víctima de varios actores armados. Fue secuestrado por las FARC-EP, sufrió hostigamientos y estigmatizaciones por parte del Ejército Nacional, y su padre fue asesinado por paramilitares.

El secuestro que padeció en compañía de su padre ocurrió el sábado 17 de octubre de 1998. En ese tiempo, tenía 17 años y se encontraba trabajando con su padre Ángel María Góez. Ese día realizaban las labores de ordeño en la finca 'Golondrinas', ubicada en la vía Dabeiba-Mutatá. Cuando llegaron al corral de las vacas se dieron cuenta de que los potreros y corrales estaban vacíos y emprendieron la búsqueda de los animales; siguiendo las huellas, se encontraron con personas armadas con fusiles, quienes los capturaron y les informaron: "ustedes se quedan con nosotros hasta nueva orden". Estuvieron tres días secuestrados sin razón alguna y luego los liberaron. Perdieron todos sus semovientes y, posteriormente, a Albeiro le dio dengue hepático.

Pero este no fue el único hecho que afrontó. Seis meses después del secuestro, militares lo amenazaron, hostigaron y torturaron en la finca. Decían que

Albeiro tenía todas las características de subversivo: atlético, delgado, alto, con un tono de piel amarillo (esta característica por el dengue hepático). “No me gusta la vida militar, ni paramilitar, ni guerrillera. Yo quiero acostarme en una cama tranquilo”, le advirtió Albeiro en ese momento a uno de los militares. Luego, los guerrilleros de las FARC-EP, nuevamente, lo buscaron con el objetivo de reclutarlo, pero él se negó y les pidió que lo dejaran terminar de estudiar el bachillerato, y cuando lo finalizó se fue de Urabá.

A raíz de los hechos violentos que lo atravesaron se desplazó a Medellín en el 2000, donde tuvo que rebuscar su sustento. Su empuje, espiritualidad y capacidad para encontrar alternativas lo ayudaron a re-existir. Estas características las refleja en sus diálogos y, particularmente, en la escritura. Allí se interesa por resignificar sus vivencias a través de las fábulas, algunas de ellas incluidas en este libro, en la medida en que sus letras pueden ayudar a explicar a niñas y niños la realidad hostil que padece el país y, a la vez, a pensar formas alternativas para transformarla.

Las guacamayas y los cazadores

Mientras estaban encerradas en una jaula de cazadores, dos guacamayas sostenían una conversación:

- ¿Pero qué hemos hecho nosotras de malo para que nos traten así? Esto no es justo, porque todas somos guacamayas, y el hecho de que tú y yo seamos verdes no nos hace menos que las demás.
- Tienes toda la razón en que todas somos guacamayas, pero, si te fijas bien, estamos aquí es para que nos desplumen.
- Me preocupa aún más saber si, después de quitarnos las plumas, nos dejarán vivas o si nos matarán.
- Eso no lo sabemos, pero, por lo menos hasta la fecha, seguimos vivas.

Moraleja: preocuparse mucho puede ser dañino.
Lo que hoy es, mañana será pasado.

El ave y la madre naturaleza

Un ave no estaba conforme con su entorno y su seguridad, y le reclamaba a su creadora:

- Madre Naturaleza, cuando era pez tenía muchos peligros, porque no me podía salir del agua y allí me comieron; cuando fui lombriz, me escondía muy bien, pero al salir de la tierra a tomar aire todos me estaban esperando, y fue ahí cuando me agarraron y me llevaron por toda la selva metida en una jaula, siendo amarrada, ultrajada, humillada, hasta enfermar y morir. Y ahora ya no sé qué quiero ser.
- Entonces cuéntame qué otro animal te gustaría ser si no te sientes bien así, pues ya te diste cuenta de que donde te encuentres siempre habrá dificultades por sortear y, además, debes adaptarte al ambiente y utilizar tus

capacidades para sobrevivir. Por ejemplo, ahora que eres un ave debes estar pendiente de la lluvia y los fuertes vientos, también cuándo buscar los alimentos, pero tienes el privilegio de volar muy alto y conocer muchos lugares. ¡Aprovecha tus capacidades y cualidades!

- ¡Gracias, Madre Naturaleza! Comenzaré a disfrutar la vida que ahora tengo como el ave que soy.

Moraleja: debemos aceptarnos tal cual somos para comenzar a vivir plenamente.

El papá conejo y su hijo

El papá conejo, muy enojado, sale a buscar a su hijo diciendo:

- El día está muy frío, toda la noche llovió y, mientras camino y salto, me mojan las ramas. No sé dónde se metió mi hijo. ¡Cuántas veces tendré que decir que no se aleje tanto de la casa! Cuando lo encuentre lo voy a castigar por desobediente.
Desde lejos, escucha la voz del hijo.
- ¡Papá, papá, acá estoy! ¡Mírame aquí abajo, dentro de esta jaula!
- ¡Sí..., ya te vi mi pequeño! ¿Pero qué te han hecho? ¡Mírate, ya ni siquiera pareces un conejo! ¡Ya mismo te saco de ahí!
- Papá, no se puede porque es una trampa, alguien debe estar sujetándola y permanecer adentro.

- Mi pequeño..., yo seré ese alguien que la sujete y tú saldrás libre de este horrible lugar.
- Pero, papá, si te quedas ahí atrapado morirás y yo quiero que también te salves.
- No, déjame ya, o seremos dos los muertos. Vete, corre, corre mucho y ponte a salvo. Hijo, ya he vivido bastante, en cambio tú... tú debes vivir mucho todavía; estás muy pequeño. Quiero que juegues, corras, saltes, y que, cuando crezcas y tengas tus pequeños conejitos, me recuerdes y sepas cuánto te amé y te amaré.

Moraleja: el amor por la familia no tiene límites, porque la familia es el mayor tesoro.

La felicidad interior y la naturaleza

¿Sientes cómo se hunde el pie en el camino, de una manera suave, deliciosa? ¿Sientes, al mismo tiempo, el aroma de la naturaleza, el olor del camino al pisarlo? ¿Sientes el aire fresco golpeando tu cuerpo después de haber pasado entre las hojas y las ramas, trayendo consigo el aroma de cada planta, rama y árbol por donde pasa?

¿Te has sentado sobre las piedras del río a ver correr el agua sin afán, sin mirar el reloj, sin pensar que llegarás tarde a algún lugar? ¿Te has quitado el calzado y parte de la ropa para sumergirte en las aguas cristalinas que emanan de los grandes bosques y que te permiten ver en el fondo el color de cada piedra que yace en su lecho?

¿Has respirado profundo cuando estás en el bosque buscando que ese respiro se quede por siempre en el recuerdo de los pulmones? ¿Alguna vez has

disfrutado el aroma del bosque, sus sonidos y sus paisajes a tal punto de querer abrazar cada árbol, cada planta, cada montaña y cada peñasco, por la majestuosidad que hay en ellos?

¿Alguna vez quisiste volar cual mariposa para pasar sobre los árboles, las montañas y las cascadas para poder disfrutar el mundo desde arriba, porque caminar es demasiado lento para el deleite de las maravillas del bosque?

La quebrada, el río, las piedras, el peñasco, la cascada, los árboles, las ramas, los animalitos presentes en el bosque, en su conjunto, forman esa bella sinfonía llamada naturaleza, que le da enorme felicidad al caminante que la visita. ¿En tu vida cotidiana ya has logrado identificar esos elementos relacionados en tu interior y en tu entorno que te dan la felicidad como el caminante de la vida que eres...?

El libro *En la intimidad del secuestro* es una recopilación de historias escritas por cinco víctimas de secuestro y desaparición acreditadas en el Caso 01 de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), relativo a “Toma de rehenes y otras privaciones graves de la libertad”, denominación con la cual se tramitan estos delitos en la JEP desde el auto 019 de 2021. Algunas de ellas son víctimas directas, y otras, familiares y víctimas indirectas, representadas y acompañadas por la Comisión Colombiana de Juristas (CCJ). Estos relatos, que se presentan en forma de poesía, crónica, cuentos y fábulas, fueron el resultado de la primera versión de un taller de escritura creativa que se llevó a cabo entre mayo y junio de 2021, y que el equipo de Acompañamiento y Representación Común ante la JEP de la CCJ ha organizado para promover las narrativas de las víctimas con el ánimo de que sean ellas mismas las que den cuenta de sus vivencias, memorias y anhelos, como experiencia valiosa en sí misma y también como parte del apoyo psicosocial que complementa la asesoría jurídica.

Este texto hace parte de una serie de publicaciones de la Comisión Colombiana de Juristas que tiene como objetivo divulgar la producción narrativa que las víctimas han elaborado, como una forma de reconocer su capacidad creativa y resiliente y posicionarla como fuente de consulta y conocimiento sobre la historia del conflicto armado, los impactos y las resistencias.

